

«Niebla», de Miguel de Unamuno

(Ensayo crítico sobre la novela de ese título de Miguel de Unamuno)

Por SOCORRO GIRÓN DE SEGURA

¿Es *Niebla* novela «fantástica»? El autor, don Miguel de Unamuno, se propone convencernos de que este sueño de Dios que vivimos y que creemos realidad es sólo «niebla», «fantasmagoría»; somos la fantasía de un autor, de un creador.

¿Es *Niebla* novela realista? ¿Son reales sus personajes? Unamuno nos prueba el realismo en su «nivola» y de sus personajes con la filosofía cartesiana y aún más: «pienso, luego soy; sueño, luego soy». Porque «la vida es sueño», un sueño de Dios.

Los personajes que se mueven en esta obra de Unamuno no tienen nada de «novelescos» y los sucesos que allí ocurren no son nada de lo común. No son personajes «noveles» ni aquí hay nada nuevo. «Aquí no ha pasado nada», dirá el lector al terminar la lectura de *Niebla*. No habiendo nada de novelesco ni de novedoso en los personajes ni en el argumento, haré como Unamuno, llamaré a su obra «nivola» en vez de «novela». Unamuno inventa el término «nivola». Después de leída su obra nos parecerá más acertado el término, pues «Niebla» es «nivola» y nada más una niebla donde no podemos ver claramente si el autor crea sus personajes o si sus personajes lo crean a él.

Unamuno se sitúa en la posición de Dios Creador frente al personaje principal de su «nivola», Augusto Pérez. Sin embargo, Augusto Pérez es Miguel de Unamuno, luego, ¿quién es la criatura

y quién el creador?... Ése es el misterio: ¿Creamos a Dios o nos crea Él a nosotros? Desde el principio de su obra, Unamuno define su actitud ante su Creador. El cree en Dios, o por mejor decir, crea a Dios. Tiene una necesidad inmensa de un Creador, de alguien que le sueñe para hacer realidad su vida. Su ansia de inmortalidad le lleva a la creencia y a la creación de un Dios que le llevará de la nebulosa de esta vida a la región de las claridades eternas.

Augusto Pérez es tan real para Unamuno como lo es él mismo para su Creador. Dios nos hace soñando en la misma forma en que Unamuno soñó a su Augusto Pérez. Somos, pues, una idea de Dios.

Niebla sintetiza el pensamiento de Unamuno, su gran preocupación por lo que vendrá después de la muerte; su deseo de no morir. Sus ideas filosóficas y sus opiniones sobre «esto y aquello» están dispersas en toda la «nivola».

La vida es una nebulosa en la cual sólo nos puede guiar el faro del amor. El pobre Augusto Pérez tiene la mala suerte de seguir unos ojos; los de Eugenia Domingo del Arco, que ya tenían dueño: Mauricio. Pero esto no importa a Augusto por el momento. Lo importante es que Eugenia, la que él ha soñado, su Dulcinea, es sólo de él, pues la ha creado con sus fuerzas mentales. Augusto Pérez se siente vivir. Por ella renace el amor, y por esto tiene que estar agradecido a Eugenia. Augusto no se enamora de una mujer; se enamora de la «Mujer», del Ideal.

Tenemos a la vez un Quijote y un Don Juan: un enamorado del amor, de todas las mujeres, y un enamorado del Ideal, de Dulcinea. Augusto Pérez es para mí Don Quijote y Don Juan a la vez.

Cuando Augusto Pérez se siente Don Juan, acaricia a la Rosario, la Maritornes de *Niebla*. Pero en Augusto, puede más Don Quijote que Don Juan y se lanza a enderezar entuertos para Eugenia, la Eugenia de carne y hueso. Así, libra de una hipoteca la casa de Eugenia y consigue un empleo a Mauricio, el primer novio de su Dulcinea. ¿Cómo sale Augusto de esa aventura? Tal como saldría de las suyas Don Quijote: mal parado y mal pagado. Burlado. Eugenia se le escapa con Mauricio.

La mujer, el entero misterio y el eterno problema para el hombre. ¿Qué sabe el hombre de la mujer? Aquí nos presenta Unamuno su personaje, el erudito Antolín S. Paparrigópulos, solterón y especialista en psicología femenina. ¿Qué sabe este cultísimo Paparrigópulos? Nada más que paparruchas como su nombre sugie-

re. ¿Qué es la ciencia, la historia, la «kultura»? paparruchas. Unamuno se burla constantemente del afán de erudición. Los hombres que componen la generación del 98 son eruditos sin darse cuenta puesto que son, mayormente, autodidactos de la calle y el café. Pero los amantes de la «kultura» con «K», son los rebuscadores del detalle insignificante en la ciencia y en el laboratorio así como en documentos históricos. ¿Qué necesidad tenemos de escribir cultura con «K»? ¿Por qué hemos de europeizarnos? ¿Por qué no españolizar a Europa? ¿Cómo podemos esperar entendernos en esperanto cuando no nos podemos entender ni en castellano?

Para Unamuno, el único experimento que puede llevar al conocimiento de la mujer es el matrimonio, y entonces, luego que el experimentador es absorbido por el experimento, ¿de qué vale la experimentación? Luego del matrimonio... no hay remedio. Don Juan no se casará nunca y esto viene a corroborar la teoría de Gregorio Marañón de que un Don Juan es el más pobre conocedor de las mujeres. Unamuno es monógamo como Don Quijote. Razón tenía Antonio Machado al llamarle «este donquijotesco don Miguel de Unamuno».

La filosofía unamunesca del amor es que amor definido deja de serlo; el amor es para sentirse, no para definirse. «El amor precede al conocimiento y éste mata a aquél.» El amor es la sola estrella en esta niebla de aburrimiento que es la vida. Así, Augusto siente el deseo de vivir cuando renace el amor; y digo renace, porque según Unamuno, el amor está latente en todo individuo.

Unamuno no cree ni en la lógica de su propio nacimiento. Esto sólo lo sabe de oídas. No se vio nacer como tampoco ha visto a Dios. Pero tiene que creer en que ha nacido porque si lo dudara, dudaría de su propia existencia. No cree en Dios por la lógica y más bien crea una lógica; su Dios creído es su Dios creado por él, por su corazón y por su mente.

Si Dios lo ha creado es lógico que él crea en ese Dios, ese Dios creado y creído. Todo personaje tiene su autor, así, pues, él mismo, como personaje de su vida, de la «niebla» de su vida, tiene un autor, un creador, un Dios. Pero... —volvemos al punto de partida— ¿quién es el creador y quién es la criatura? ¿Crea el autor sus personajes o crean éstos a aquél?

La teoría unamunesca de que los personajes crean a su autor es una de las muchas ideas particularísimas de Unamuno. Hamlet, por ejemplo, es uno de los creadores de Shakespeare así como Don Quijote creó a Cervantes y Augusto Pérez a Unamuno. ¿Somos

creados o creamos nosotros? ¿Somos creídos por los demás o creados por un Autor? Somos tan «entes de ficción» como Hamlet, como Don Quijote y como Augusto Pérez. Unamuno, por su parte, cree más en Don Quijote que en Cervantes, tanto, que hace del «quijotismo» una religión y se convierte en evangelista de la misma.

La religión de Unamuno es despertar curiosidad en otros. Su culto es el de la contradicción. Su religión no es otra que el «quijotismo» y el Quijote sólo puede ser español. «El españolismo es mi religión, y el cielo en que quiero creer es una España celestial y eterna y mi Dios un Dios español, el de Nuestro Señor Don Quijote, un Dios que piensa en español y en español dijo: ¡sea la luz!, su verbo fue español.» En cuanto al verbo... Unamuno cree que primero es la palabra y luego la idea porque... «en el principio fue el Verbo, y el Verbo se hizo carne, y habitó entre nosotros». Es ésta la lógica de la palabra o del verbo; no es la lógica de la idea primero y luego la palabra. Y en verdad que tiene mucha lógica la ilógica de Unamuno.

Pasemos a la técnica de Unamuno en su «nivola».

1. El prólogo de Víctor Goti, amigo de Augusto Pérez, tan soñado, es decir, tan creado el uno como el otro, es, a mi ver, una forma muy singular de exponer sus ideas. Aprovecha Unamuno su personaje para decirnos sus puntos de vista sobre las modas literarias del momento y para lanzar sus opiniones sobre «esto» y «aquello». Nos dice Unamuno que nadie goza de libre albedrío y, así, Víctor Goti, tiene que escribir un prólogo a *Niebla*, pues «los deseos del señor Unamuno son para mí mandatos en la más genuina acepción de ese vocablo». Goti, creado por Unamuno, tiene que someterse a la voluntad de su autor, de su creador.

La «ramplonería ambiente» y la «Kultura» del momento que se reduce a «los colmos y juego de palabras», es todo pantomima. El afán de erudición lo sintetiza Unamuno en su personaje Antolín S. Paparrigópulos, especialista en psicología femenina y que no sabe nada de la mujer ni del matrimonio puesto que es soltero. Para Unamuno la única experiencia o el único experimento que sirve para conocer la mujer es el matrimonio. La ciencia, la historia, la psicología, todo es... ramplonería.

Para Unamuno, la religión debe ser «guerrera», es decir luchadora, belicosa, no ingenua. Su cristianismo es agóni-

co, luchador. La combatividad hace al hombre religioso, curioso, deseoso de conocer lo metafísico.

2. El post-prólogo, del propio Unamuno, luego del prólogo de Víctor Goti, es también una técnica muy particular de Unamuno para exponernos sus puntos de vista. Aquí Unamuno se empeña en explicarnos qué es «nivola».
3. Orfeo, el perro, es el truco de Unamuno para monologar. Augusto habla con su perro Orfeo y así monologa. Aunque todo diálogo en Unamuno es un monólogo pues cada personaje es una fase de la personalidad del mismo autor. Auto-diálogo.
4. La técnica cervantesca de «la novela en la novela», la usa Unamuno al relatarnos la historia de don Antonio en el Capítulo XXI de *Niebla*.
5. En el capítulo XXXI de la «novela» leemos la entrevista del personaje Augusto Pérez con su autor Miguel de Unamuno. Es el encuentro del hombre con su Dios, del personaje con su autor. Aquí nos convence Unamuno de que nadie quiere morir ni cambiarse por otro. ¿Por qué tiene que morir Augusto Pérez? Éste se empeña en decirle a Unamuno que él, Miguel de Unamuno, no existe, que sólo ha sido creado por sus personajes. A Unamuno, español de pura cepa, le da la «real gana» de matar a su personaje aunque sea sólo para probar de una vez por todas que el autor domina sus personajes, es decir, Dios Creador puede hacer lo que le dé la «real gana» con sus criaturas. Este Dios como lo sugiere Unamuno sólo me lo puedo imaginar tan español como él.
Augusto Pérez muere luego de haber rezado el Padrenuestro, el Ave María y la Salve, pero no reza el Credo... Unamuno duda de la resurrección de la carne. Pues si Dios nos vuelve a soñar, seremos otros pero no seremos jamás este yo de ahora, este pobre yo que por más infeliz que sea no quiere ser otro sino yo, yo, este yo presente y no otro.
6. La oración fúnebre a modo de epílogo es una forma particularísima de terminar la «nivola». Sólo nos da noticia de un personaje, Orfeo, el perro de Augusto, que luego de muerto éste, muere también, por falta de amo, por falta de un Dios que lo ame. Orfeo, a pesar de ser perro es también un «pequeño filósofo» y lo peor del caso es que filosofa humanamente y no «caninamente». Orfeo compara al hombre

con el perro y hasta se burla del «único animal que almacena sus muertos». Terminamos, pues, la lectura de *Niebla*, convencidos de que el más feliz de todos los personajes en la «nivola» ha sido Orfeo, pues, perro al fin, es el mejor preparado para vivir en esta «niebla», en esta nebulosa, en esta perra vida.